

4.

Juventud en crisis
Resolviendo el trilema: el colapso
del futuro, la guerra y la emergencia
climática



4

Filipe Carreira da Silva

Selwyn College, Universidad de Cambridge

fcs23@cam.ac.uk

Juventud en crisis

Resolviendo el trilema: el colapso del futuro, la guerra y la emergencia climática

Resumen

En este artículo abordo el trilema que actualmente aqueja a la juventud europea: el fin de la utopía que siguió a la disolución de la Unión Soviética en 1991, la actual guerra en Ucrania y la emergencia climática. Este conjunto de desafíos afecta particularmente a la juventud en Europa. En primer lugar, como primera generación posterior a 1989, la población europea sub-35 es la primera generación que alcanza la mayoría de edad después del fin de la utopía. En segundo lugar, esta generación enfrentará la peor parte de las consecuencias de la invasión rusa de Ucrania en febrero de 2022, la mayor conflagración militar en Europa desde 1945. En tercer lugar, el cambio climático está afectando desproporcionadamente a esta generación. En este artículo abordo este trilema desde la perspectiva de los propios jóvenes, cuyos derechos políticos, sociales y culturales se encuentran cada vez más amenazados. En particular pregunto: ¿Cómo se ve el trilema del fin de la utopía-guerra-emergencia climática que enfrenta Europa hoy en día visto desde los ojos de sus miembros más jóvenes?

Palabras clave: Europa, Juventud, Fin de la utopía, Guerra en Ucrania, Emergencia climática.

Introducción

Hoy la juventud en Europa está en crisis. Esta crisis tiene tres aspectos interrelacionados, cada uno sentido profundamente por los miembros más jóvenes de Europa: el colapso del futuro como proyecto optimista y racional; el regreso de la guerra a gran escala en el continente; y los crecientes efectos del cambio climático. En un mundo donde la utopía ya no tiene la misma resonancia cultural que antes y donde todo el espectro de las realidades de la guerra vuelve a ser parte de nuestra realidad, el cambio climático adquiere matices catastróficos que deben tomarse en serio. En este artículo, discuto este trilema con referencia al último Documento Político «HACIA UNA AGENDA EUROPEA PARA LA JUVENTUD», del Ministerio de Derechos Sociales y Agenda 2030 de España.

Sin embargo, antes de empezar, se necesitan dos notas de precaución. Primero, uno debe evitar caer en la falacia de creer que la era actual es, de alguna manera, única y completamente diferente de las épocas anteriores. De hecho, hay mucho que aprender del pasado, incluso si el presente es realmente diferente; siempre hay puntos en común compartidos por nosotros en el aquí y ahora y nuestros antepasados, incluidos aquellos que vivieron hace milenios o en una plantación de esclavos en algún lugar

del Caribe. Las visiones de futuros apocalípticos han sido durante mucho tiempo un medio por el cual los grupos subalternos han conceptualizado el mundo. Desde los movimientos campesinos milenarios de la temprana Europa moderna hasta el surgimiento del rastafarianismo en el Caribe poscolonial, los relatos del fin del mundo critican la injusticia de la sociedad existente y postulan una sociedad emancipada en el futuro. En segundo lugar, este enraizamiento histórico de nuestro pensamiento debe complementarse con una apreciación de las complejidades de la época actual. Por ejemplo, no se puede ignorar el hecho de que mientras en Europa los jóvenes son una especie en peligro de extinción, en otros continentes, concretamente en África, ocurre lo contrario. De ahí la necesidad de calificar cuidadosamente nuestros comentarios y observaciones.

En Europa hay una juventud en crisis. Esto se debe, en parte, a su número cada vez menor. Si en otras partes del mundo el futuro pertenece a las generaciones más jóvenes por su ventaja demográfica, en Europa pocos de nuestros jóvenes opinan que el futuro les pertenece.

¿Quién puede culparlos? De hecho, durante la mayor parte del siglo XIX y hasta bien entrado el XX, en Europa la mayoría de nosotros crecimos creyendo que el mundo sería un lugar mejor en el futuro. La fe en el progreso es una parte inseparable del ethos humanista europeo. Mientras uno aplicara las herramientas de la ciencia y la razón en la resolución de problemas, económicos, pero también políticos y sociales, el camino por delante estaba abierto y era brillante. Para cualquier persona nacida en Europa después del año 2000, esto no solo suena desconocido sino absolutamente ingenuo: ¿cómo *podrían* creer en tales cuentos de hadas? El hecho es que lo hicieron, al menos hasta que cayó el muro de Berlín en octubre de 1989.

El colapso del futuro

La caída del muro de Berlín, la subsiguiente disolución de la Unión Soviética y el final de la Guerra Fría allanaron el camino hacia la era actual de la globalización. Con él, todos los cuentos de hadas sobre el control racional de la naturaleza y la historia fueron arrojados a la basura, junto con los proyectos ideológicos de llevar a cabo la utopía en la Tierra. El futuro se derrumbó sobre sí mismo; ya no es un camino sin obstáculos, el futuro ahora es a corto plazo, si no apocalíptico. En la última década, la nube del apocalipsis climático se ha establecido en la conciencia cultural. Las sombrías visiones de un mundo futuro de clima salvaje, tierra arrasada y ciudades inundadas se están generalizando cada vez más. Uno solo necesita mirar los títulos de algunos libros populares recientes de no ficción sobre futuros climáticos para tener una idea del pesimismo contemporáneo. Ya sea *Falter: Has the Human Game Begun to Play Itself Out?* de Bill McKibben (2019) o *The Uninhabitable Earth* (2019) de David Wallace-Wells, el futuro parece ofrecer, en el mejor de los casos, una lucha brutal por la supervivencia y, en el peor, la posibilidad de la extinción humana. Ahora, en cierto modo, esto no es nada nuevo. El movimiento ecologista, desde la novela ecológica pionera de George R. Stewart (1941) sobre la tormenta perfecta y la visión de Rachel Carson (1962) de una primavera silenciosa, se ha visto animado durante mucho tiempo por un agudo sentido de las catástrofes en el horizonte (Cassegard & Thorn, 2018; McNeish, 2017). Sin embargo, la irrupción del discurso Antropoceno en la última década ha otorgado a las narrativas apocalípticas una carga renovada. En un sentido importante, como Deborah Danowski y Eduardo Viveiros de Castro (2016: 22) declaran, el «Antropoceno es el Apocalipsis». Marca el final de un mundo, la relativa estabilidad climática de la era del Holoceno, y el comienzo de uno nuevo, donde las viejas expectativas y narrativas se vuelven obsoletas (Simon, 2020). En palabras

de Bruno Latour (2018: 17; énfasis en el original), con el «terremoto» del Antropoceno, «otro suelo, otra tierra ha comenzado a moverse, a temblar, a removerse» (Davidson y Silva 2021: 2).

Sin embargo, hay dos problemas con este discurso apocalíptico. Hablar de apocalipsis muchas veces se traduce en derrotismo y pasividad. Por ejemplo, existe el temor de que la producción de imágenes de un planeta en ruinas induzca lo que Andreas Malm (2021, pp. 140-141) llama «fatalismo climático», una posición «antipolítica» que declara que la acción para evitar el apocalipsis climático no tiene sentido (ver también Swyngedouw, 2010). Como veremos más adelante, este no suele ser el caso de los jóvenes europeos, que tienden a ser participativos y proactivos, aunque de maneras poco convencionales que no siempre reciben el debido reconocimiento. Por otro lado, como reconoce acertadamente el Documento político «HACIA UNA AGENDA EUROPEA PARA LA JUVENTUD» en su sección sobre discriminación interseccional (p. 15, en el primer borrador), el encuadre apocalíptico de los futuros climáticos reproduce y refuerza supuestos racistas y coloniales. Esta afirmación se basa en un deseo más amplio de «socializar el Antropoceno» o demostrar que la crisis ambiental no es fruto de la figura indiferenciada del ser humano sino de relaciones desiguales de capital, poder y conocimiento (Clark & Szerszynski, 2021, p. 49). En respuesta a adaptaciones previas del Antropoceno, de manera más prominente el Capitaloceno (Moore, 2015), que destacan el papel del capitalismo en la producción de la catástrofe climática que se avecina, se han propuesto varios términos, incluido el Capitaloceno racial (Vergès, 2017), la escena supremacista blanca (Mirzoeff, 2018) y el Plantacionoceno (Davis *et al.*, 2019), que fundamentan su surgimiento en las relaciones de dominación colonial y violencia racista que envuelven el globo desde 1492. Si bien estos relatos se centran principalmente en las causas históricas del Antropoceno, las nociones de capitalismo racial, la supremacía blanca y el sistema de plantaciones también son relevantes para sus consecuencias apocalípticas. Por ejemplo, hay un falso universalismo en el discurso apocalíptico reciente. Al declarar que el fin del mundo es el destino de todos en todas partes, se elude el hecho de que la crisis climática está teniendo, y tendrá, sus consecuencias más graves en el Sur Global (Mitchell & Chaudhury, 2020). Además, el apocalipsis climático sirve como cifra «para las ansiedades profundamente arraigadas de los Otros racializados que «toman el control» del planeta» (Gergen *et al.*, 2020, p. 93). Ya sea que se trate de relatos que destacan los peligros ambientales de las altas tasas de natalidad en el Sur Global o imágenes de refugiados climáticos que traspasan los límites del Norte Global, los pueblos racialmente oprimidos se posicionan como las fuerzas del colapso (Davidson y Silva 2021: 3).

Así es, en resumen, cómo se presenta nuestra era actual a sus cohortes de edad más jóvenes: escépticos, si no desesperados, sobre sus perspectivas futuras. Es un presente sin futuro, al menos no con un futuro tan seguro, amplio y controlable como el futuro de nuestros antepasados. El futuro no es lo que solía ser.

La guerra de Putin, o el fin de nuestra inocencia

2022 hizo que el futuro pareciera aún más corto.

Los jóvenes de Europa se vieron repentina e inesperadamente confrontados con imágenes de guerra en el continente. Lo que antes era una realidad confinada a tierras lejanas, como Irak, Afganistán o Siria, ahora forma parte de nuestra realidad europea. Millones de ucranianos han buscado refugio en Europa, incluidos cientos de miles de niños pequeños y adolescentes. Además de la realidad de una ola de migración interna no vista en décadas, Internet y los medios de comunicación tradicionales están saturados de imágenes e informes de la guerra en Ucrania.

Durante mucho tiempo, la guerra se ha considerado una de las experiencias más traumáticas que los humanos pueden enfrentar en sus vidas. En primer lugar, existe la amenaza existencial a la que sólo nos pueden enfrentar una guerra y pocas otras experiencias. La amenaza de la pérdida inminente de la vida, de nuestra propia vida o de la vida de los demás, es una perspectiva aterradora que a menudo acompaña a uno el resto de su vida. Esta experiencia traumática tiene un carácter dual. Por un lado, el trauma es un evento profundamente personal y subjetivo. Los testimonios en primera persona de los refugiados ucranianos son excelentes ilustraciones de cómo se ve y se siente una experiencia traumática para quienes tuvieron que soportarla. Por otro lado, un trauma es también un proceso cultural. Un trauma cultural, a diferencia de uno subjetivo, involucra a toda la sociedad, a menudo durante varias generaciones (Alexander *et al.*, 2004). Consideremos el ejemplo de la guerra civil española. Causó trauma directo, físico, psicológico, a millones de españoles en la década de 1930. Sus cuerpos y mentes quedaron traumatizados por la guerra civil y sus brutales consecuencias. Sin embargo, la sociedad española en su conjunto ha sido culturalmente traumatizada en un sentido relacionado pero diferente. El trauma cultural de España se refiere a las formas en que sucesivas generaciones de españoles procesaron colectivamente los significados de la guerra civil. ¿Por qué hubo una guerra civil? ¿Qué resultó de ello? ¿Cómo se supone que debemos lidiar hoy con esa realidad? Las respuestas a estas preguntas son intrínsecamente discutibles, y una parte significativa de la política española actual todavía refleja esta contestación. El trauma, entonces, ya sea personal o cultural, es una experiencia profundamente humana. Hoy, la juventud de Europa también está en crisis porque se enfrenta a un trauma único en una generación: la guerra entre dos países europeos.

La elección de un dictador de 70 años, Vladimir Putin, de emprender la guerra contra Ucrania está poniendo a toda una generación de jóvenes europeos ante una perspectiva desalentadora: ¿cómo navegar por un curso vital de elecciones que, de repente, se ha vuelto menos predecible, más peligroso y no menos apocalíptico que las novelas de ficción más vívidas? Las consecuencias humanitarias de la elección de Putin están a la vista de todos. Al devolver la guerra a Europa, Putin ha confrontado a los europeos con una realidad que la mayoría de nosotros creíamos que nunca tendríamos que enfrentar. Especialmente para aquellos que ahora están alcanzando la mayoría de edad, es probable que este escenario de un conflicto militar europeo tenga un impacto duradero en su educación.

Un componente crucial de este estado alterado de eventos es la actual crisis energética. Lo que se había dado por sentado desde la década de 1960, el suministro barato y abundante de gas y petróleo, ahora está fuera de la mesa, probablemente para siempre. El giro hacia las energías renovables, hasta ahora un proyecto necesario pero paulatino, es ahora indispensable y urgente. La guerra en Europa, con todo su terror y destrucción, ha traído consigo otro cambio desagradable: la infraestructura energética de Europa, sobre la que descansa todo nuestro estilo de vida y modelo económico, necesita ser transformada. Lo que podría llevar años de estudio y deliberación para producirse, ahora debe hacerse en semanas bajo una intensa presión de los mercados energéticos y las opiniones públicas nacionales. Esta es una tarea cuya realización recaerá sobre los hombros de la próxima generación de europeos. Por ahora, los jóvenes europeos solo están aparentemente preocupados pero también motivados para cambiar. Detrás de su motivación se encuentra el cambio climático, al que me referiré ahora.

Emergencia climática

El último eje del trilema que afecta actualmente a la juventud europea es el cambio climático. Debido a factores antropogénicos, el clima del mundo ha ido cambiando de forma tal vez irrevocable. En la era del Antropoceno, es probable que la huella de la humanidad en el planeta sea tan perjudicial como irreversible. Y, sin embargo, es probable que no toda la humanidad se vea afectada por el cambio climático. Las regiones más pobres, es decir, las zonas costeras, se verán más afectadas que las más prósperas. Es probable que los europeos mayores se vean menos afectados que sus descendientes. La crisis que afecta a los jóvenes de Europa es el abrumador resultado de decisiones tomadas hace años, si no décadas. Y, sin embargo, son ellos quienes probablemente sufran la peor parte de las elecciones hechas por otros.

Quizás la más conspicua de las consecuencias derivadas del cambio climático sea el derecho a un medio ambiente sano y sostenible. Vivir en un entorno natural propicio para la vida humana y no humana es uno de los más básicos de todos los derechos humanos, a la par que el derecho a la vida misma. Si la guerra amenaza la vida, el cambio climático es, en primer lugar, una amenaza para las condiciones naturales de existencia de la vida.

Como señala acertadamente el Documento Político «HACIA UNA AGENDA EUROPEA PARA LA JUVENTUD» (p. 49, en el primer borrador), los jóvenes europeos parecen ser muy conscientes de esto. Es notoria su conciencia de derechos, es decir, hasta qué punto conocen sus derechos y los incorporan en su vida cotidiana y en sus reivindicaciones políticas.

He estado hablando de derechos de varios tipos, pero ¿qué es exactamente un derecho? Un derecho no es individualista y contradictorio. Tampoco es algo *a priori*. Más bien, un derecho es una relación mutua, una institución hecha de reclamos políticos que involucran, al menos, a dos individuos. Como en cualquier otra institución social, un derecho no es simplemente una construcción social de agentes omnipotentes. Tener un derecho constituye socialmente a los individuos en ciudadanos y, como tal, habilita tanto como constriñe la acción. Pero un derecho es un tipo especial de institución social. Se refiere a derechos, libertades, poderes o inmunidades que han sido codificados en pactos y declaraciones internacionales, así como en constituciones nacionales. En lugar de proponer un principio fundamental común a todas las luchas por los derechos humanos que los análisis empíricos deberían tratar de descubrir, mi enfoque de los derechos apunta a la reconstrucción de los procesos iterativos de producción de significado e institucionalización dentro de los cuales se imaginaron, conquistaron, implementaron y, a veces, se denegaron los derechos. Por lo tanto, apoyo la crítica de la noción liberal de que los derechos y las identidades se forman antes de las luchas políticas en la esfera pública. Los «derechos» necesitan entonces ser concebidos como históricamente contingentes, cuyos significados emergen y evolucionan en el contexto de las luchas políticas en torno a su institucionalización (Silva 2013: 2).

Sin embargo, como los actores políticos pueden (en parte) constituir los derechos que disfrutan, siempre se enfrentan a la posibilidad de ser privados de ellos. Lejos de ser una historia de expansión progresiva, la historia de los derechos humanos es tanto una historia de creación e implementación como una historia de reducción y negación. Desde mi punto de vista, habría que centrarse más en cómo el carácter relacional y reflexivo de los derechos se ve afectado por los procesos políticos de reducción de derechos y, en especial, de vulneración de derechos, ya que estos conllevan profundas consecuencias para la identidad ciudadana. Por supuesto, Axel Honneth ya ha señalado un punto similar, quien sugiere que la «negación de derechos» puede concebirse como un tipo de «patología

social» susceptible de análisis empírico a través de «discusiones grupales» y «entrevistas profundas», bajo la premisa de que estas tienen un «efecto de concientización» (entrevistado en Petersen y Willig, 2002: 268- 9). Quizás aún más interesante es la creciente literatura sobre el trauma cultural mencionado anteriormente, cuya fuerte inclinación constructivista está muy en línea con mi argumento.

Desde esta perspectiva, el derecho a un medio ambiente sano y sostenible es contestado, reflexivo, relacional. El significado del derecho a la naturaleza radica en patrones concretos de interacción política, cuya institucionalización es tanto un proceso simbólico como material: las declaraciones de derechos, las constituciones y el estado derivan gran parte de su poder y legitimidad de su carácter ficticio, un poder que, por esa misma razón, a menudo se siente de manera demasiado tangible en la vida de las personas. Para los jóvenes europeos, el reto que tienen por delante consiste en cuestionar, reflexionar y establecer relaciones entre ellos, así como con la propia naturaleza, sobre lo que realmente significa el derecho a un medio ambiente sano y sostenible.

Resolviendo el trilema

Dados los desafíos del cambio climático, la guerra y el fin de la utopía, los jóvenes de Europa se han mostrado activos para dismantelar el viejo orden y establecer uno nuevo. Considerar la participación política. El voto y la participación en la política general han disminuido en muchos países desde la década de 1980, como se ha informado ampliamente. Pero apenas se nota el auge de las artes y la cultura en estos mismos años, aunque algunos puntos de la Encuesta Mundial de Valores sugieren aumentos masivos en la participación en las artes y la cultura en varios países. ⁽¹⁾

El arte «elevado» más establecido, como los conciertos de música clásica, la ópera y la asistencia a museos, muestra estabilidad o declive en muchos países. Esto ha llevado a una sensación de crisis en muchas organizaciones artísticas, como en el Fondo Nacional de las Artes de EE. UU. que encargó múltiples estudios. Muchos mostraron el clásico declive de las artes superiores «de referencia», pero Novak-Leonard y Brown (2011) mostraron una alta participación y crecimiento en algunas actividades no tradicionales. Y los estudios del Ministerio de Cultura de Francia documentan este patrón con más detalle, el crecimiento relacionado con los medios, como películas, música y más, especialmente entre los jóvenes, que crean bibliotecas personales de entretenimiento. A menudo se han pasado por alto, ya que no son elementos de referencia clásicos, pero muchos se capturan en los puntos de la Encuesta mundial de Valores, lo que permite al encuestado incluir todos los elementos de arte y cultura en los que participa (período de la Encuesta Mundial de Valores 1999-2004).

Como se señaló en el Documento político (p. 47, en el primer borrador), el surgimiento de las artes y la cultura, lejos de ser una anomalía, es parte integrante de un conjunto mucho más amplio y profundo de cambios en una forma emergente de política vivida por muchos, especialmente por los más jóvenes. Es un sitio de investigación estratégica donde los resultados de nuestra prueba de fuego marcan cambios mucho más amplios y profundos, si nos fijamos. La cultura puede tratarse tanto de política como de identidad personal. Puede ser parte del trabajo de uno, pero es más probable que sea parte del consumo, en un mundo donde los candidatos políticos en sus campañas y acciones enfatizan cada vez más los temas de consumo. Las artes y la cultura pueden tener algunas implicaciones económicas directas, pero en términos más generales sobre significado y valor. Para algunos, en un mundo secular pero impulsado por ideas e imágenes, la música y los libros y sus actividades relacionadas reemplazan a la iglesia, a Dios y las funciones de la religión en épocas anteriores. Para

(1)
Datos de la Encuesta Mundial de Valores de muestras nacionales de ciudadanos de cada país. Pregunta: A066. «Por favor, mire cuidadosamente las siguientes organizaciones y actividades voluntarias y diga... ¿a cuál pertenece usted, si es que pertenece a alguna? Educación, Artes, Música o Actividades Culturales». En Canadá, un estudio sobre las preferencias de los ciudadanos con respecto al gasto federal apunta en la misma dirección, al encontrar que uno de los pocos ítems que muestra un cambio significativo entre 1994 y 2010 es el apoyo a las «artes y la cultura», que pasó del 15 al 30 %. Consultar http://www.queensu.ca/cora/_files/fc2010report.pdf.

los jóvenes, que rompen con sus familias, entornos religiosos y laborales, una cantante carismática como Madonna, o como Bruce Springsteen, es más que un entretenimiento. Un grupo de lectura que discute sobre Nietzsche, Marx o Baudrillard puede transformar el pensamiento de sus miembros.

Apuntalando esto está mi comprensión de la política democrática. Gran parte de la investigación sobre la sociedad civil se ha desarrollado bajo la influencia de la conocida jeremiada de Robert Putnam (1995): «se dice que la participación cívica está en declive desde la década de 1960, con serias implicaciones para la salud de la democracia». Sugiero que este declive cubre solo una parte de lo que ha sucedido en el último medio siglo. Otra parte del cambio es una diferenciación estructural de los patrones de participación política que acompañan el cambio generacional, el cambio de valores sociales y la modernización socioeconómica en docenas de países de todo el mundo desde la década de 1960. Los repertorios políticos de los cohortes más jóvenes son más amplios que los de sus predecesores (p. ej., Tilly 2006, pp. 30-59). Este énfasis en los repertorios democráticos ampliados se une a la diferenciación estructural para superar una comprensión estrecha y conservadora que informó parte del renacimiento comunitario de Tocqueville en la década de 1990. Por ejemplo, incluso el influyente estudio de Welzel, Inglehart y Deutsch sobre los repertorios que desafían a la élite muestra un sesgo hacia las actividades de protesta. Las huelgas, que gozan de amparo constitucional en prácticamente todas las democracias consolidadas, quedan excluidas de su modelo por su supuesto carácter «violento» (Welzel *et al.*, 2005). Por el contrario, creo que es necesario mantener la mente abierta a las nuevas y creativas formas de los jóvenes de unirse a la conversación democrática.

Desde esta perspectiva, no se puede decir que la participación política de los jóvenes europeos esté en declive. En cambio, es la comprensión misma de lo que cuenta como participación política lo que los jóvenes europeos cuestionan y redefinen a diario.

Aquí está, creo, la solución al trilema.

Permítanme cerrar este ensayo con algunas observaciones finales. La primera se refiere a cómo se percibe una crisis en primera persona del singular: Cómo veo una crisis. La segunda se refiere a cómo se percibe una crisis en primera persona del plural: Cómo vemos una crisis. La tercera y última observación explorará la tercera persona del plural: Cómo ven una crisis. Al reunir todas estas perspectivas, espero arrojar alguna luz útil sobre lo que está en juego aquí.

(2)
Este ejemplo se basa en años de experiencia enseñando a estudiantes universitarios. Como se señala en el texto, es un relato completamente ficticio sin referencia a ningún estudiante en particular.

Empiezo con el caso de Pablo, un ejemplo imaginario de un español de 25 años, que estudia en el extranjero y cuya novia es de Ucrania. (2) Pablo es muy claro acerca de sus puntos de vista sobre cada eje del trilema. «Toda mi vida cambió de la noche a la mañana con la guerra. Afectó a la ciudad natal, la familia, los amigos y el propio bienestar mental de mi novia». El testimonio de Pablo, aunque sea imaginario, es fiel a millones de europeos que se vieron afectados directa o indirectamente por la guerra y sus implicaciones. «Conseguí terminar la carrera», comenta Pablo, «pero mis planes de futuro han cambiado. Ya no deseo hacer un MBA; en cambio, estoy considerando hacer un MPhil en fuentes alternativas de energía y lanzar mi propia empresa». Hay millones de Pablos en Europa hoy en día, cada uno de ellos afectado de maneras ligeramente diferentes por el trilema final de la utopía-guerra-cambio climático. Desde la perspectiva de cada joven europeo, el futuro es ahora más incierto de lo que ha sido durante varias generaciones. «Mi plan de futuro es...» es algo que muy pocos se atreven a decir hoy en día, ya que la propia noción de planificar el futuro es vista con sospecha y profunda incredulidad. Sin embargo, lo que es notable es la forma en la que Pablo y sus compañeros de la misma edad parecen estar dispuestos a contraatacar. Es el tema de

redefinir lo que implica la participación política a la que aludía más arriba. Pero también, y quizás de manera más fundamental, se trata de asumir una posición de liderazgo en una conversación intergeneracional sobre valores sociales, economía y el futuro del planeta. Pablo deja pocas dudas sobre lo que esto representa. «Es un desafío único en la vida, uno que, si fallamos, todo el planeta sufrirá como resultado. Simplemente no podemos permitirnos el lujo de equivocarnos», concluye. De hecho, ¿quién puede estar razonablemente en desacuerdo con el juicio profundamente personal y comprometido de Pablo?

Pablo, sin embargo, está lejos de ser el único que piensa que depende de él/ellos salvar el planeta. Esto sugiere la necesidad de tener en cuenta un sentido más colectivo de lo que significa el trilema actual. Para una miríada de grupos de jóvenes en toda Europa, de hecho para toda una generación que nació alrededor del año 2000 o después, resolver el trilema es una cuestión de acción colectiva. Ya he señalado el aumento de la participación cultural de los más jóvenes en las últimas décadas. «Nosotros, los jóvenes europeos», sin embargo, vamos mucho más allá del ámbito de la cultura y las artes. Sus reclamos pueden escucharse en todo el sistema educativo, el lugar de trabajo e incluso en la política institucional, incluidos los parlamentos nacionales y el Parlamento Europeo (Katsarova, 2014). Desde una perspectiva plural en segunda persona, las reivindicaciones de colectivos de jóvenes repercuten en el conjunto de la sociedad. «Exigimos un medio ambiente limpio y sostenible», o eslóganes inspirados en Mayo del 68 como «Sé realista, exige lo imposible» son cada vez más habituales. Esto a menudo implica alianzas entre organizaciones asentadas en diferentes países o de diferentes sectores. La coordinación colectiva, a su vez, exige claridad en cuanto a los valores y la estrategia del grupo. La diferencia clave entre la primera persona del singular y la primera persona del plural, entonces, parece residir en el tipo particular de comprensión que este último requiere del grupo. «Nosotros, los jóvenes europeos» reclaman y coordinan acciones de maneras que son fundamentalmente diferentes de lo que nuestro Pablo imaginario sería capaz de hacer. Sin embargo, cuando muchos Pablos se juntan, las cosas cambian fundamentalmente. Por un lado, la idea misma de que los jóvenes en Europa tienen algo en común por lo que vale la pena luchar surge precisamente de ese tipo de percepción colectiva. La juventud europea es una construcción hecha, en parte por los propios jóvenes que trabajan en tándem. Además, su conciencia de derechos también es producto de su experiencia intersubjetiva colectiva. La idea de que los jóvenes europeos pueden hacer algo sobre el trilema del final utopía-guerra-cambio climático es igualmente algo que solo está disponible una vez que se produce la percepción colectiva. «Nosotros, los jóvenes europeos» ven los intrincados e interrelacionados dilemas que enfrenta el mundo de hoy de una manera fundamentalmente diferente a la que tienen cualquiera de ellos, individualmente considerados. Y, no menos importante, «nosotros, los jóvenes europeos» son capaces de actuar sobre esa perspectiva y hacer que las cosas sucedan.

Sin embargo, para que las cosas sucedan, «ellos» deben estar convencidos de que el trilema es real y requiere medidas urgentes. Pero ¿quiénes son «ellos», exactamente? Greta Thunberg, en un reciente artículo de opinión para *The Guardian*, nos da una respuesta clara y persuasiva. Para empezar, «La crisis climática no es algo que «nosotros» hayamos creado». Luego recurre a la tercera persona del plural para aclarar quién es, de hecho, el responsable: «Beyoncé estaba equivocada. No son las niñas las que dirigen el mundo. Está dirigido por políticos, corporaciones e intereses financieros, representados principalmente por hombres cis blancos, privilegiados, de mediana edad y heterosexuales» (Thunberg, 2022). Una mezcla de desilusión, culpabilidad y enfado impregna el texto de Greta Thunberg. Esto se explica, en parte, por la falta de respuestas de «ellos». «Ellos» sistemáticamente subestiman las cifras reales de

gases de efecto invernadero, «ellos» no anteponen sistemáticamente las consideraciones ambientales a largo plazo a las electorales a corto plazo o a las ganancias financieras, «ellos» se niegan obstinadamente a asumir la responsabilidad de sus acciones con respecto a la crisis climática y actúan en consecuencia, es decir, cambiando su estilo de vida y su forma de pensar. Hay, por supuesto, excepciones a esto. El hecho mismo de que una adolescente sueca que de otro modo pasaría desapercibida se convirtiera repentinamente en un icono global del movimiento de la crisis climática es, sin duda, una señal de que ellos, o al menos algunos de ellos, están escuchando.

¿Pero es suficiente?

Conclusiones: redefiniendo Europa

Permítanme concluir este ensayo con una breve discusión sobre cómo puede ser la solución del trilema.

El primer paso consiste en recuperar el futuro. Con esto me refiero a algo muy específico. El futuro nunca será lo que solía ser, eso es seguro. Pero igualmente no necesita reducirse a la catástrofe o a la pasividad. Recuperar el futuro significa aprender de las posibilidades perdidas en el pasado y convertirlas en ejes para nuevos, creativos y ambiciosos futuros caminos. Tengan en cuenta que hablar sobre futuros caminos es fundamentalmente diferente que hablar sobre el futuro. Hay una pluralidad intrínseca en los caminos que respeta tanto el pluralismo de valores como la posibilidad de fracaso. Pero un camino es un camino a alguna parte, y eso es algo por lo que vale la pena luchar. Para los jóvenes que actualmente viven, estudian y/o trabajan en Europa, la construcción de futuros caminos es una cuestión de elección personal, coordinación colectiva de acciones y debate intergeneracional.

El segundo paso consiste en pasar la guerra y planificar sus consecuencias. Mientras escribo este ensayo, nadie sabe cuánto durará la guerra. O, dadas las amenazas nucleares del dictador ruso, si el Armagedón es realmente un escenario que se acerca rápidamente.

Suponiendo que la guerra terminará eventualmente sin un desastre nuclear, es probable que las consecuencias sean una Europa que sea fundamentalmente diferente de la Europa de la época posterior a 1945. Cómo garantizar la paz y la estabilidad en el continente será el principal desafío para los jóvenes europeos de hoy, a quienes pronto se les pedirá que comiencen a prepararse para las secuelas de la guerra. Como se ha señalado, el marco energético es clave para esto en más de un sentido. Desempeña un papel central para asegurar la paz, pero también es un componente crucial para abordar el cambio climático.

Lo que me lleva al tercer y último paso. El cambio climático parece afectar a los jóvenes europeos de diferentes maneras. Esto significa que tomar acciones para mitigar o revertir las consecuencias del cambio climático requiere compromiso personal y coordinación colectiva. Lo primero es en parte, una cuestión de formación de identidad. En efecto, la identidad de nuestro imaginario Pablo es estructuralmente diferente a la de sus padres y abuelos. Sin embargo, hay aspectos compartidos que atraviesan generaciones que uno no debe pasar por alto. Las familias y las comunidades locales juegan aquí un papel importante. La coordinación colectiva, entonces, es en parte producto de la elección individual y en parte resultado de la elección social. El movimiento climático, por ejemplo, no es más que un ejemplo de esto. Desempeñará un papel clave en la lucha contra el cambio climático en Europa en la medida en que pueda ayudar a formar la opinión pública y orientar la toma de decisiones políticas. Unirse a una manifestación o a una huelga, firmar una petición

o votar, boicotear ciertos productos mientras se consumen otros, son expresiones democráticas legítimas orientadas a solucionar la emergencia climática.

En suma, resolver el trilema final de la utopía-guerra-cambio climático requiere fomentar una actitud de insumisión. Insumisión a la dominación de los sistemas de opresión, incluidos el patriarcado y el racismo. La insumisión es aquí un aspecto de un compromiso más amplio con la democracia y sus valores. Sin embargo, la insumisión es también insumisión a la naturaleza, de la que forma parte la especie humana. La referencia a la naturaleza es parte integral de la política de insumisión. El antropocentrismo debe evitarse, por supuesto, pero esto no debe confundirse con restar importancia a las responsabilidades que nuestra especie, es decir, ciertos miembros individuales y colectivos de nuestra especie, han tenido en este sentido.

La fuente de esta idea de insumisión es el intelectual y líder revolucionario africano Amílcar Cabral. A pesar de sus raíces africanas, Cabral pasa parte de su juventud en Lisboa, donde se forma como ingeniero agrónomo. Es como agrónomo que Cabral define la insumisión por primera vez en un informe técnico sobre la erosión del suelo en la Guinea portuguesa. Con fecha de 1954, el pasaje en cuestión dice:

Lo que distingue al hombre de los demás animales es, principalmente, la insumisión del hombre a la Naturaleza, de la que forma parte. Analizando esta realidad, se podría decir que la Naturaleza tiene en el ser humano la realización de su propia antítesis. De esta circunstancia, sale un conflicto. Su solución está en la base de todo progreso humano y científico. (...) No es exagerado afirmar que el objetivo más general de la ciencia es la integración consciente del hombre en la Naturaleza, de la que forma parte. La erosión es una de las consecuencias más deletéreas de dicho conflicto. Resulta de profundas perturbaciones en el complejo natural suelo-vida-clima, que se originan en la necesidad de obtener de la tierra la satisfacción de un requisito esencial para la vida: el alimento. (1988: 214; traducción del autor)

Cuando Cabral escribe este pasaje, todavía no se ha convertido en un líder revolucionario. Es como agrónomo profesional que Cabral esboza por primera vez los contornos de su teoría política de la frontera entre humanos y no humanos. El concepto clave es el de la insumisión. La especie humana se presenta como la antítesis de la propia naturaleza. Esta es la única especie animal que rechaza la sumisión *a la naturaleza, de la que forma parte*. Una solución parcial a esta condición ineludiblemente contradictoria es la ciencia, a saber, el conocimiento de las leyes que rigen la naturaleza. Sin embargo, como muestra el cambio climático, esto siempre es insuficiente. De ahí la naturaleza ineludible del enigma. Quizás más que otras luminarias del movimiento anticolonial como CLR James o Frantz Fanon, Cabral es una fuente importante de información sobre la era del Antropoceno. Resolver el trilema será mucho más fácil si solo podemos aprender de él.

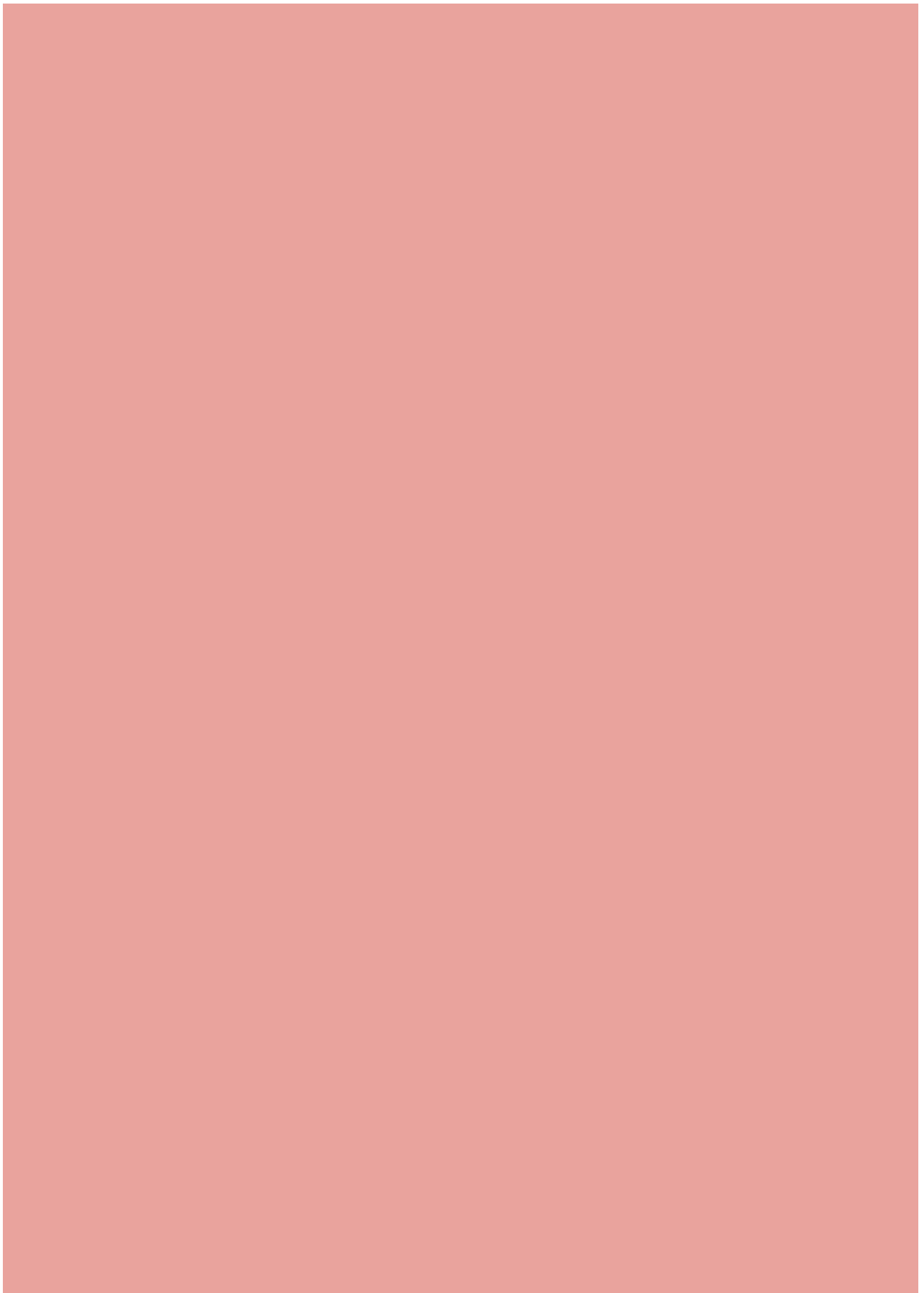
Referencias bibliográficas

- ALEXANDER, J.C. ET AL., (2004):** *Cultural Trauma and Collective Identity*. Berkeley, CA: University of California Press.
- ARIAS-MALDONADO, M. (2021):** Reformulating emancipation in the Anthropocene: From didactic apocalypse to planetary subjectivities. *European Journal of Social Theory*.
- BRAND, U. & WISSEN, M. (2021):** *The imperial mode of living: Everyday life and the ecological crisis of capitalism*. Verso.
- BROWNE, P. L. (2018):** Reification and passivity in the face of climate change. *European Journal of Social Theory*, 21(4): 435–452.
- CABRAL, A. (1988):** «Para o conhecimento do problema da erosão do solo na Guiné,» in *Estudos Agrários de Amílcar Cabral*. Lisboa and Bissau: Instituto de Investigação Científica Tropical.
- CARNEY, J. A. (2021):** Subsistence in the Plantationocene: Dooryard gardens, agrobiodiversity, and the subaltern economies of slavery. *Journal of Peasant Studies*, 48(5), 1075–1099.
- CARSON, R. (1962):** *Silent spring*. Houghton Mifflin.
- CASSEGARD, C., & THORN, H. (2018):** Toward a postapocalyptic environmentalism? *Environment and Planning E: Nature and Space*, 1(4), 561–578.
- CLARK, N., & SZERSZYNSKI, B. (2021):** *Planetary social thought. The Anthropocene challenge to the social sciences*. Polity.
- COLEBROOK, C. (2012):** Not symbiosis, not now: Why anthropogenic change is not really human. *The Oxford Literary Review*, 34(2), 185–209.
- DAVIDSON, J. AND SILVA, F.C. (2021):** Fear of a Black planet: Climate apocalypse, Anthropocene futures and Black social thought. *European Journal of Social Theory*, 1-18. <https://doi.org/10.1177/13684310211067980>
- DAVIS, J., MOULTON, A. A., VAN SANT, L. & WILLIAMS, B. (2019):** Anthropocene, Capitalocene, ... Plantationocene? *Geography Compass*, 13(5), 1–15.
- FORD, J. E. (2018):** When disaster strikes: On the apocalyptic tone of hip hop. *ASAP/Journal*, 3(3): 595–622.
- FOSTER, J. B. (2020):** Why ecological revolution? In L. King & D. M. Auriffeille (Eds.) *Environmental sociology*. Rowman & Littlefield.
- GERGEN, M., SMITH, S. & VASUDEVAN, P. (2020). EARTH BEYOND REPAIR:** Race and apocalypse in collective imagination. *Environment and Planning D: Society and Space*, 38(1), 91–110.
- HURLEY, J. & JEMISIN, N. K. (2018). AN APOCALYPSE IS A RELATIVE THING:** An interview with N. K. Jemisin. *ASAP/Journal*, 3(3), 467–477.
- KATSAROVA, I. (2014):** *The EU's youth initiatives: focus on education and employment*. Briefing, European Parliament. <https://www.europarl.europa.eu/EPRS/EPRS-Briefing-538949-EU-Youth-initiatives-FINAL.pdf>
- LATOUR, B. (2018):** *Down to earth: Politics in the new climatic regime*. Polity.
- LOTHIAN, A. (2018):** *Old futures: Speculative fiction and queer possibility*. New York University Press.
- MALM, A. (2018):** In wildness is the liberation of the world: On maroon ecology and partisan nature. *Historical Materialism*, 26(3), 3–37.
- MALM, A. (2021):** *How to blow up a pipeline*. Verso.
- MANN, G. & WAINWRIGHT, J. (2018):** *Climate leviathan: A political theory of our planetary future*. Verso.
- MINISTERIO DE DERECHOS SOCIALES Y AGENDA 2030. (2022):** Policy Paper «TOWARDS A EUROPEAN YOUTH AGENDA.»
- MCNEISH, W. (2017):** From revelation to revolution: Apocalypticism in green politics. *Environmental Politics*, 26(6), 1035–1054.
- MIRZOEFF, N. (2018):** It's not the Anthropocene, it's the white supremacy scene. In R. Grusin (Ed.), *After extinction* (pp. 123–150). University of Minnesota Press.
- MITCHELL, A. & CHAUDHURY, A. (2020):** Worlding beyond 'the' 'end' of 'the world': White apocalyptic visions and BIPOC futurisms. *International Relations*, 34(3), 309–332.
- MOORE, J. W. (2015):** *Capitalism in the web of life*. Verso.
- O'Connell, M. (2019). *Notes from an apocalypse*. Granta.
- Oliver, L. J. (2015). Apocalyptic and slow violence: The environmental vision of W. E. B. Du Bois's *Darkwater*. *ISLE: Interdisciplinary Studies in Literature and Environment*, 22(3): 466–484.
- NOVAK-LEONARD, J. & BROWN, A. (2011):** *Beyond attendance: a multi-modal understanding of arts participation*. Washington DC: National Endowment for the Arts.

- PETERSEN, A. AND WILLIG R. (2002):** An interview with Axel Honneth: The role of sociology in the theory of recognition. *European Journal of Social Theory* 5: 265-77.
- PUTNAM, R. (1995):** Bowling alone: America's declining social capital. *Journal of Democracy* 6, 65-78.
- READ, R. & ALEXANDER, A. (2019):** *This civilization is finished*. Simplicity Institute.
- SCRANTON, R. (2015):** *Learning to die in the Anthropocene*. City Lights.
- SILVA, F. C. (2013):** Outline of a social theory of rights: A neo-pragmatist approach. *European Journal of Social Theory*, 16(4): 457-475.
- SIMON, Z. B. (2020):** The limits of Anthropocene narratives. *European Journal of Social Theory*, 23(2):184-199.
- SKRIMSHIRE, S. (2019):** Activism for end times: Millenarian belief in an age of climate emergency. *Political Theology*, 20(6), 518-536.
- SWYNGEDOUW, E. (2010):** Apocalypse forever? Post-political populism and the spectre of climate change. *Theory Culture & Society*, 27(2-3), 213-232.
- THUNBERG, GRETA. (2022):** «Greta Thunberg on the climate delusion: 'We've been greenwashed out of our senses. It's time to stand our ground', *The Guardian*.
- TILLY, C. (2006):** *Regimes and repertoires*. Chicago: Chicago University Press.
- TSING, A. L. (2015):** *The mushroom at the end of the world*. Princeton University Press.
- URRY, J. (2011):** *Climate change and society*. Polity.
- VERGÈS, F. (2017):** Racial Capitalocene. In G. T. Johnson & A. Lubin (Eds.), *Futures of Black radicalism* (pp. 72-82). Verso.
- WALLACE-WELLS, D. (2019):** *The uninhabitable earth*. Penguin.
- WELZEL, C., INGLEHART, R. & DEUTSCH, F. (2005):** Social capital, voluntary associations and collective action: which aspects of social capital have the greatest 'civic' payoff? *Journal of Civil Society*, 1, 121-146.
- YUSOFF, K. (2018):** *A billion Black anthropocenes or none*. University of Minnesota Press.

4.

**Youth in Crisis
Solving the Trilemma: the Collapse
of the Future, War and Climate
Emergency**





Filipe Carreira da Silva

Selwyn College, University of Cambridge

fcs23@cam.ac.uk

Youth in Crisis

Solving the Trilemma: the Collapse of the Future, War and Climate Emergency

Abstract

In this article, I address the trilemma currently afflicting the European youth: the end of utopia that followed the dissolution of the Soviet Union in 1991, the current war in Ukraine and the climate emergency. This set of challenges particularly affects the youth in Europe. First, as the first post-1989 generation, the sub-35 European population is the first generation to have come of age after the end of utopia. Second, this generation will face the brunt of the consequences of Russia's invasion of Ukraine in February 2022, the major military conflagration in Europe since 1945. Third, climate change is disproportionately affecting this generation. In this article, I tackle this trilemma from the perspective of youngsters themselves, whose political, social and cultural rights are increasingly under threat. In particular, I ask: How does the trilemma end of utopia-war-climate emergency facing Europe today look like when seen from the eyes of its younger members?

Keywords: Europe, Youth, End of Utopia, War in Ukraine, Climate Emergency

1. Introduction

The youth in Europe today is in crisis. This crisis has three interrelated aspects, each deeply felt by Europe's younger members – the collapse of the future as an optimistic and rational project; the return of large-scale warfare in the continent; and the growing effects of climate change. In a world where utopia no longer has the same cultural resonance as before and where the whole spectrum of war's realities is now a part of our reality again, climate change acquires catastrophic undertones that need to be taken seriously. In this article, I discuss this trilemma with reference to the latest Policy Paper "TOWARDS A EUROPEAN YOUTH AGENDA", of the Spanish Ministry of Social Rights and Agenda 2030.

Before I begin, however, two words of caution are needed. First, one should avoid falling in the fallacy of believing that the present age is somehow unique and entirely different from previous epochs. In fact, there is much to be learnt from the past, even if the present is indeed different; there are always points in common shared by us in the here and now and our ancestors, including those who lived millennia ago or in a slave plantation somewhere in the Caribbean. Visions of apocalyptic futures have long been a means by which subaltern groups have conceptualised the world. From the millenarian peasant movements of early modern Europe to the rise of Rastafarianism in the postcolonial Caribbean, accounts of the end

of the world critique the injustice of actually existing society and posit an emancipated society in the future. Second, this historical rooting of our thinking should be complemented with an appreciation of the complexities of the present age. For instance, one cannot ignore the fact that while in Europe youngsters are a sort of species under the threat of extinction, in other continents, namely Africa, the opposite is true. Hence, the need to carefully qualify our remarks and observations.

In Europe, there is a youth in crisis. This is partly because of its dwindling numbers. If in other parts of the world, the future belongs to the younger generations because of their demographic advantage, in Europe few of our youngsters are of the opinion the future belongs to them.

Who can blame them? In fact, for most of the nineteenth century and well into twentieth, most of us in Europe grew up believing the world would be a better place in the future. Faith in progress is an inextricable part of the humanist European ethos. As long as one would apply the tools of science and reason in the resolution of problems – economic, but also of political and social – the road ahead was open and bright. For anyone born in Europe after 2000, this sounds not only unfamiliar but outright naïve – how could *they* believe in such fairy tales? The fact is that they did, at least until the Berlin wall came down in October 1989.

2. The Collapse of the Future

The fall of the Berlin wall, and the subsequent dissolution of the Soviet Union and end of the Cold War, paved the way to the present age of globalisation. With it all the fairy tales about rational control of nature and history were thrown into the dustbin, alongside with ideological projects of realising utopia on Earth. The future collapsed onto itself; no longer an unimpeded road, the future is now short-term if not apocalyptic. In the last decade, the cloud of climate apocalypse has settled on the cultural consciousness. Bleak visions of a future world of wild weather, scorched earth and flooded cities are becoming increasingly widespread. One only needs to look at the titles of some recent popular non-fiction books on climate futures to get a sense of the contemporary pessimism. Whether it be Bill McKibben's *Falter: Has the Human Game Begun to Play Itself Out?* (2019) or David Wallace-Wells's *The Uninhabitable Earth* (2019), the future appears to offer, at best, a brutal struggle for survival and, at worst, the possibility of human extinction. Now, in one sense, this is nothing new. The environmental movement, from George R. Stewart's (1941) pioneering ecological novel on the perfect storm and Rachel Carson's (1962) vision of a silent spring, has long been enlivened by a keen sense of the catastrophes on the horizon (Cassegard & Thorn, 2018; McNeish, 2017). However, the emergence of Anthropocene discourse in the last decade has granted apocalyptic narratives renewed charge. In an important sense, as Deborah Danowski and Eduardo Viveiros de Castro (2016: 22) declare, the 'Anthropocene is the Apocalypse'. It marks the end of one world, the relative climatic stability of the Holocene era, and the beginning of a new one, where old expectations and narratives are rendered obsolete (Simon, 2020). In Bruno Latour's (2018: 17; emphasis in original) words, with the 'earthquake' of the Anthropocene, 'another ground, another earth, another soil has begun to stir, to quake, to be moved' (Davidson and Silva 2021: 2).

There are two problems with this apocalyptic discourse, however. Talk about apocalypse often translates into defeatism and passivity. For instance, there is a fear that the production of images of a ruined planet induces what Andreas Malm (2021, pp. 140-141) calls 'climate fatalism', an 'anti-political' position that declares that action to avert the climate apocalypse is pointless (see also Swyngedouw, 2010). As we shall see below, this is often not the case with Europe's youngsters who tend to be participatory and pro-active, albeit in unconventional ways that are

not always given due recognition. On the other hand, as the Policy Paper “TOWARDS A EUROPEAN YOUTH AGENDA” rightly acknowledges in its section on intersectional discrimination (p. 15, on the first draft), the apocalyptic framing of climate futures reproduces and reinforces racist and colonial assumptions. This claim builds on a broader desire to ‘socialize the Anthropocene’ or to demonstrate that the environmental crisis is the fruit not of the undifferentiated figure of the human but instead unequal relations of capital, power and knowledge (Clark & Szerszynski, 2021, p. 49). Responding to previous adaptations of the Anthropocene, most prominently the Capitalocene (Moore, 2015), that highlight the role of capitalism in producing the looming climate catastrophe, a number of terms have been proposed, including the racial Capitalocene (Vergès, 2017), the white supremacy scene (Mirzoeff, 2018) and the Plantationocene (Davis *et al.*, 2019), that ground its emergence in the relations of colonial domination and racist violence that have enveloped the globe since 1492. While these accounts primarily focus on the historical causes of the Anthropocene, notions of racial capitalism, white supremacy and the plantation system are also relevant to its apocalyptic consequences. For instance, there is a false universalism to recent apocalyptic discourse. In declaring that the end of the world is the fate of everybody everywhere, the fact that the climate crisis is having, and will have, its most serious consequences in the Global South is elided (Mitchell & Chaudhury, 2020). Furthermore, the climate apocalypse serves as a cipher ‘for deep-seated anxieties of racialized Others “taking over” the planet’ (Gergen *et al.*, 2020, p. 93). Whether this be accounts that foreground the environmental dangers of high birth rates in the Global South or images of climate refugees breaching the boundaries of the Global North, racially oppressed peoples are positioned as the forces of collapse (Davidson and Silva 2021: 3).

This is, in short, how our present age presents itself to its younger age cohorts – sceptical if not desperate about its future prospects. It is a present without a future, at least not with a future as confident, wide and controllable as the future of our ancestors. The future is not what it used to be.

3. Putin’s War, or the end of our innocence

2022 made the future look even shorter.

Europe’s youngsters were suddenly and quite unexpectedly confronted with images of war in the continent. What used to be a reality confined to faraway lands, such as Iraq, Afghanistan or Syria, it is now part of our European reality. Millions of Ukrainians have sought refuge in Europe, including hundreds of thousands of young children and teenagers. In addition to the reality of a wave of internal migration unseen in decades, the Internet and traditional news media are saturated with images and reports of the war in Ukraine.

War has long been considered one of the most traumatic experiences humans can encounter in their lives. First, there is the existential threat only a war and few other experiences can confront us with. The threat of imminent loss of life – of our own lives, or of the lives of others – is a terrifying prospect that often accompanies one for the rest of their lives. This traumatic experience has a dual character. On the one hand, trauma is a deeply personal and subjective event. First-person testimonies of Ukrainian refugees are excellent illustrations of what a traumatic experience looks and feels like for those who had to endure it. On the other hand, a trauma is also a cultural process. A cultural trauma, as opposed to a subjective one, involves the whole of society often over several generations (Alexander *et al.* 2004). Consider the example of the Spanish civil war. It directly caused trauma – physical, psychological – upon millions of Spaniards in the 1930s. Their bodies and minds were traumatized by the

civil war and its brutal consequences. Yet Spanish society as a whole has been culturally traumatised in a related but different sense. Spain's cultural trauma refers to the ways in which successive generations of Spaniards collectively processed the meanings of the civil war. Why was there a civil war? What resulted from it? How are we today supposed to deal with that reality? The answers to these questions are inherently contestable, and a significant part of Spanish politics today still reflects this contestation. Trauma, then, either personal or cultural, is a deeply human experience. Europe's youth is in crisis today also because it is faced with a once-in-a-generation trauma – war between two European countries.

The choice of a 70-year-old dictator, Vladimir Putin, of waging war against Ukraine is putting an entire generation of European youngsters before a daunting prospect: How to navigate a life-course of choices that has suddenly become less predictable, more dangerous and no less apocalyptic than the most vivid fiction novels? The humanitarian consequences of Putin's choice are there for everyone to see. By bringing war back to Europe, Putin has confronted Europeans with a reality most of us believed would never have to face. Especially for those who are now coming of age, this scenario of a European military conflict is likely to have an enduring impact upon their upbringing.

A crucial component of this altered state of events is the current energy crisis. What had been taken for granted since the 1960s – cheap and abundant supply of gas and oil – is now out of the table, possibly forever. The turn to renewable sources of energy, hitherto a necessary but gradual project, is now indispensable and urgent. The war in Europe, with all its terror and destruction, has brought with it another unpleasant change – Europe's energy infrastructure, upon which our entire lifestyle and economic model rests upon, needs to be transformed. What could take years of study and deliberation to produce, now needs to be made within weeks under intense pressure from the energy markets and national public opinions. This is a task whose completion will fall upon the shoulders of the next generation of Europeans. For now, European youngsters are only seemingly preoccupied but also motivated to change. Behind their motivation lies climate change, to which I now turn.

4. Climate emergency

The last axis of the trilemma currently affecting Europe's youth is climate change. Due to anthropogenic factors, the world's climate has been changing in a perhaps irrevocable way. In the era of the Anthropocene, humankind's footprint on the planet is likely to be as deleterious as irreversible. And yet not all of humankind is likely to be affected by climate change. Poorer regions, namely coastal areas, will be more affected than more affluent ones. Older Europeans are likely to be less affected than their offspring. The crisis affecting Europe's youngsters is overwhelmingly the result of choices made years, if not decades, ago. And yet it is them who are likely to suffer the brunt of those choices made by others.

Perhaps the most conspicuous of the consequences stemming from climate change is the right to a healthy and sustainable environment. Living in a natural environment that is propitious to human and nonhuman life is one of the most basic of all human rights, on par with the right to life itself. If war threatens life, climate change is a threat to the very natural conditions for life to exist in the first place.

As the Policy Paper "TOWARDS A EUROPEAN YOUTH AGENDA" rightly notes (p. 49, on the first draft), European youngsters are seemingly very aware of this. Their rights consciousness, that is, the extent to which they are aware of their rights and incorporate them in their daily lives and political claim-making, is notorious.

I have been talking about rights of various kinds, but what is a right exactly? A right is not individualistic and adversarial. Neither is it something *a priori*. Rather, a right is a mutual relation, an institution made of political claims involving at least two individuals. As in any other social institution, a right is not simply a social construction of omnipotent agents. To have a right socially constitutes individuals into citizens and, as such, enables as much as it constrains action. But a right is a special sort of social institution. It refers to entitlements, liberties, powers or immunities that have been codified in international covenants and declarations, as well as in national constitutions. Instead of proposing a foundational principle common to all human rights struggles that empirical analyses should then try to uncover, my approach to rights aims at the reconstruction of the iterative processes of meaning-production and institutionalization within which rights were imagined, conquered, implemented and sometimes denied. I thus endorse the criticism of the liberal notion that rights and identities are formed prior to political struggles in the public sphere. 'Rights' need then to be conceived of as historically contingent, whose meanings emerge and evolve in the context of the political struggles regarding their institutionalization (Silva 2013: 2).

Yet as political actors are able to (partly) constitute the rights they enjoy, they are also always faced with the possibility of being deprived of them. Far from being a progressive expansionary tale, the history of human rights is as much a history of creation and implementation as it is a history of retrenchment and denial. From my point of view, one should focus more on how the relational and reflexive character of rights is affected by political processes of rights retrenchment and, especially, rights violations as these entail profound consequences for citizen identity. A similar point, of course, has already been made by Axel Honneth, who suggests that the 'denial of rights' can be conceived of as a type of 'social pathology' amenable to empirical analysis through 'group discussions' and 'deep interviews', on the premise that these have a 'consciousness-raising effect' (interviewed in Petersen and Willig, 2002: 268-9). Perhaps even more interesting is the growing literature on cultural trauma mentioned above, whose strong constructivist bent is very much in line with my argument here.

From this perspective, the right to a healthy and sustainable environment is contested, reflexive, relational. The meaning of the right to nature lies in concrete patterns of political interaction, whose institutionalization is as much a symbolic as it is a material process – bills of rights, constitutions, and the state derive much of their power and legitimacy from their fictional character, a power that, for that very reason, often makes itself felt all too tangibly in people's lives. For European youngsters, the challenge ahead consists upon contesting, reflecting upon and establish relationships with one another, as well as with nature itself, as to what the right to a healthy and sustainable environment actually means.

(1)
Data from World Values Survey of national samples of citizens in each country. Question: A066. "Please look carefully at the following of voluntary organizations and activities and say...which if any do you belong to? Education, Arts, Music or Cultural Activities." In Canada, a study on citizens' preferences regarding federal spending points in the same direction, by finding that one of the few items that show significant change between 1994 and 2010 is support for "arts and culture," which climbed from 15 to 30 %. See http://www.queensu.ca/cora/_files/fc2010report.pdf.

5. Solving the trilemma

Given the challenges of climate change, war and the end of utopia, Europe's youngsters have been active in dismantling the old order and establishing a new one. Consider political participation. Voting and participation in general politics has declined in many countries since the 1980s, as has been widely reported. But barely noted is the rise of the arts and culture in these same years, even though some World Values Survey items suggest massive increases in arts and culture participation in various countries. (1)

The more established "high" art like classical music concerts, opera, and museum attendance show stability or decline in many countries. This has led to a sense of crisis in many arts organizations, like the U.S. National Endowment for the Arts which commissioned multiple studies. Many

showed the classic decline of the “benchmark” high arts, but Novak-Leonard and Brown (2011) showed high participation and growth in some nontraditional activities. And the French Ministry of Culture studies document this pattern with more detail, growth in media related film, music, and more, especially among young persons who create personal entertainment libraries. These have often been missed as they are not classic benchmark items, but many are captured in the World Values Survey item which permits the respondent to include all arts and culture items in which she participates (World Values Survey 1999–2004 wave).

As noted in the Policy Paper (p. 47, on the first draft), the rise of arts and culture, far from being an anomaly, is part and parcel of a much broader and deeper set of changes in an emerging form of politics lived by many, especially younger persons. It is a strategic research site where our litmus test results flag much broader and deeper changes, if we look. Culture can be about politics as well as personal identity. It can be part of one’s job, but is more likely part of consumption—in a world where political candidates in their campaigns and actions stress consumption issues increasingly. Arts and culture may have some direct economic implications, but is more generally about meaning and value. For some in a secular but idea and image-driven world, music and books and their related activities replace the church and god and the functions of religion in earlier eras. For youngsters, breaking with their families and religious and work backgrounds, a charismatic singer like Madonna or Bruce Springsteen is more than entertainment. A reading group discussing Nietzsche, Marx, or Baudrillard can transform its members’ thinking.

Underpinning this is my understanding of democratic politics. Much civil society research has developed under the influence of Robert Putnam’s well-known jeremiad (1995): civic participation is said to be in decline since the 1960s, with serious implications for the health of democracy. I suggest that this decline covers only part of what has happened in the last half a century. Another part of the change is a structural differentiation of political participation patterns accompanying the generational shift, societal value change, and socioeconomic modernization in dozens of countries around the world since the 1960s. Political repertoires of younger cohorts are larger than those of their predecessors (e.g., Tilly 2006, pp. 30–59). This stress on expanded democratic repertoires joins the structural differentiation to overcome a narrow and conservative understanding that informed part of the communitarian revival of Tocqueville in the 1990s. For example, even Welzel, Inglehart, and Deutsch’s influential study of elite-challenging repertoires shows a bias towards protest activities. Strikes, which enjoy constitutional protection in virtually all consolidated democracies, are excluded from their model under the grounds of their alleged “violent” nature (Welzel *et al.* 2005). By contrast, I believe one needs to keep an open mind to youngsters’ new and creative ways of joining the democratic conversation.

From this perspective, political participation among the European youngsters cannot be said to be declining. Instead, it is the very understanding of what counts as political participation that European youngsters are contesting and redefining on a daily basis.

Here lies, I think, the solution to the trilemma.

Let me bring this essay to a close with a few concluding remarks. The first concerns how a crisis is perceived in the first-person singular: How *I* see a crisis. The second refers to how a crisis is perceived in the first-person plural: How *we* see a crisis. The third and final remark will explore the third-person plural: How *they* see a crisis. By bringing all these perspectives together I hope to shed some useful light into what is at stake here.

Let me begin with the case of Pablo, an imaginary example of a 25-year-old Spaniard, studying abroad, and whose girlfriend is from Ukraine. (2)

(2)
This example draws upon years of experience of teaching undergraduate students. As noted in the text, it is an entirely fictional account with no reference to any one student in particular.

Pablo is very clear about his views on each axis of the trilemma. “My entire life changed overnight with the war. It affected my girlfriend’s hometown, family, friends and her own mental wellbeing.” Pablo’s testimony, however imaginary, runs true to millions of Europeans that were directly or indirectly touched by the war and its implications. “I managed to finish my degree”, Pablo remarks, “but my plans for the future have now changed. I no longer wish to do an MBA; instead, I am considering doing an MPhil in alternative sources of energy and launching my own company.” There are millions of ‘Pablos’ in Europe today, each of them affected in slightly different ways by the trilemma end of utopia-war-climate change. From the perspective of each European youngster, the future is now more uncertain than it has been for several generations. “My plan for the future is...” is something very few of them venture to say nowadays, as the very notion of planning ahead is seen with suspicion and profound disbelief. What is notable, however, is the way Pablo and his age-cohort peers seem to be willing to fight back. It is the issue of redefining what political participation entails I alluded to above. But it is also, and perhaps more fundamentally, about assuming a position of leadership in an intergenerational conversation about social values, the economy and the future of the planet. Pablo leaves little doubt about what this represents. “It is a once-in-a-lifetime challenge, one that if we miss the entire planet will suffer as a result. We simply cannot afford to err”, he concludes. Indeed, who can reasonably disagree with Pablo’s deeply personal and committed judgement?

Pablo, however, is far from being alone in thinking that it is up to him/ them to save the planet. This suggests the need to have into account a more collective sense of what the current trilemma means. For a myriad of groups of youngsters across Europe, indeed for an entire generation that was born around or after 2000, solving the trilemma is a matter of collective action. I have already noted the rise in cultural participation above among younger persons in recent decades. “We, the European youngsters”, however, go well beyond the realm of culture and the arts. Their claims can be heard right across the education system, workplace, and even in institutional politics, including national parliaments and the European Parliament (Katsarova 2014). From a second-person plural perspective, the claims made by collectives of youngsters reverberate across society as a whole. “We demand a clean and sustainable environment”, or May 68-inspired slogans such as “Be realistic – demand the impossible” are now increasingly common. This often entails alliances between organisations based in different countries or from different sectors. Collective coordination, in turn, demands clarity as to the group’s values and strategy. The key difference between the first-person singular and the first-person plural, then, seems to reside in the particular sort of insight the latter requires from the group. “We, the European youngsters” make claims and coordinate action in ways that are fundamentally different from what our imaginary Pablo would ever be able to. Yet when many Pablos come together, things change fundamentally. For one, the very idea that youngsters in Europe have something in common that is worth fighting for arises precisely from that sort of collective insight. European youth is a construct partly made by youngsters themselves working in tandem. In addition, their rights consciousness is also a product of their collective intersubjective experience. The idea that European youngsters can do something about the trilemma end of utopia-war-climate change is equally something that is only available once that collective insight occurs. “We, the European youngsters” see the intricate and interrelated dilemmas confronting the world today from a fundamentally different way than that available to any of them, individually considered. And, no less important, “We, the European youngsters” are able to act upon that insight and make things happen.

In order to make things happen, however, “they” must be convinced that the trilemma is real and requires urgent measures. But who are “them”,

exactly? Greta Thunberg, in a recent op-ed for the *Guardian*, gives us a clear and persuasive answer. To begin with, “The climate crisis is not something that “we” have created.” She then turns to the third-person plural in order to clarify who, in fact, is responsible: “Beyoncé was wrong. It is not girls who run the world. It is run by politicians, corporations and financial interests – mainly represented by white, privileged, middle-aged, straight cis men” (Thunberg 2022). A mixture of disillusionment and angry blaming permeates Greta Thunberg’s text. This is partly explained by the lack of answers by “them”. “They” consistently underreport the actual figures of greenhouse gases, “they” systematically fail to put long-term environmental considerations before short-term electoral or financial gains, “they” stubbornly refuse to take responsibility for their actions with regards the climate crisis and act accordingly, namely by changing their lifestyle and ways of thinking. There are, of course, exceptions to this. The very fact that an otherwise unremarkable Swedish teenager suddenly became a global icon of the climate crisis movement is surely a sign that they, or at least *some of them*, are listening.

But is it enough?

6. Conclusion: Redefining Europe

Let me conclude this essay with a brief discussion of what solving the trilemma may look like.

The first step involves recovering the future. By this I mean a very specific thing. The future will never be what it used to be, that is for sure. But equally it does not need to be reduced to catastrophe or passivity. Recovering the future means learning from lost possibilities in the past and make them linchpins for new, creative and ambitious future pathways. Note that talking about future pathways is fundamentally different from talking about the future. There is an intrinsic plurality to pathways that respects both value pluralism and the possibility for failure. But a pathway is a road to somewhere, and that is something worth fighting for. For the youngsters currently living, studying and/or working in Europe, the building of future pathways is a matter of personal choice, collective coordination of action and intergenerational debate.

The second step involves living through war and planning for its aftermath. As I write this essay, no one knows how long the war will last. Or, given the nuclear threats from the Russian dictator, whether Armageddon is indeed a fast-approaching scenario. Assuming the war will end eventually with no nuclear disaster, the aftermath is likely to be a Europe that is fundamentally different from the Europe of the post-1945 epoch. How to guarantee peace and stability in the continent will be the foremost challenge for Europe’s youngsters of today, who soon will be asked to begin preparing for the war’s aftermath. As noted, the energy framework is key to this in more ways than one. It plays a central role in securing peace, but it is also a crucial component in addressing climate change.

This brings me to the third and final step. Climate change is like to affect European youngsters in different ways. This means taking action to mitigate or revert climate change consequences requires personal commitment and collective coordination. The former is partly a matter of identity formation. Indeed, the identity of our imaginary Pablo is structurally different from that of his parents and grandparents. Yet there are shared aspects that traverse generations that one should not overlook. Families and local communities play here a big role. Collective coordination, then, is partly a product of individual choice and partly a result of social choice. The climate movement, for instance, is but an instance of this. It will play a key role in addressing climate change in Europe insofar as it can help shape public opinion and help steer political decision-making. Joining

a demonstration or a strike, signing a petition or voting, boycotting certain products whilst consuming others, are all legitimate democratic expressions oriented towards solving the climate emergency.

In sum, solving the trilemma end of utopia-war-climate change requires the nurturing of an attitude of insubmission. Insubmission towards domination by systems of oppression, including patriarchy and racism. Insubmission is here an aspect of a broader commitment to democracy and its values. Yet insubmission is also insubmission to nature, of which the human species is a part. The reference to nature is integral to the politics of insubmission. Anthropocentrism must be avoided, of course, but this should not be confused with downplaying the responsibilities our species, namely certain individual and collective members of our species, have had in this respect.

The source of this idea of insubmission is the African intellectual and revolutionary leader, Amílcar Cabral. Despite his African roots, Cabral spends part of his youth years in Lisbon where he trains as an agronomist. It is as an agronomist that Cabral defines insubmission for the first time in an otherwise unremarkable technical report on soil erosion in Portuguese Guinea. Dated from 1954, the passage in question reads:

What distinguishes man from other animals is, principally, man's insubmission to Nature, of which it is part. Analyzing this reality, one could say that Nature has in the human being the realization of its own antithesis. From this circumstance, results a conflict. Its solution is in the basis of all human and scientific progress. (...) It is no exaggeration to claim that science's most general goal is the conscious integration of man in Nature, of which it is a part. Erosion is one of the most deleterious consequences of said conflict. It results from profound disturbances in the natural complex soil-life-climate, which originate in the need to obtain from the land the satisfaction of a requisite essential to life: food. (1988: 214; author's translation)

When Cabral writes this passage, he is yet to become a revolutionary leader. It is as a professional agronomist that Cabral first outlines the contours of his political theory of the human-nonhuman boundary. The key concept is that of insubmission. The human species is presented as the antithesis of nature itself. This is the only animal species that rejects submission *to nature, of which it is part*. A partial solution to this inescapably contradictory condition is science, namely the knowledge of laws that rule nature. Yet, as climate change shows, this is always insufficient. Hence the inescapable nature of the conundrum. Perhaps more than other luminaries of the anticolonial movement such as CLR James or Frantz Fanon, Cabral is an important source of insights into the Anthropocene era. Solving the trilemma will be made much easier if only we are able to learn from him.

References

- ALEXANDER, J.C. ET AL. (2004):** *Cultural Trauma and Collective Identity*. Berkeley, CA: University of California Press.
- ARIAS-MALDONADO, M. (2021):** Reformulating emancipation in the Anthropocene: From didactic apocalypse to planetary subjectivities. *European Journal of Social Theory*.
- BRAND, U., & WISSEN, M. (2021):** *The imperial mode of living: Everyday life and the ecological crisis of capitalism*. Verso.
- BROWNE, P. L. (2018):** Reification and passivity in the face of climate change. *European Journal of Social Theory*, 21(4): 435–452.
- CABRAL, A. (1988):** “Para o conhecimento do problema da erosão do solo na Guiné,” in *Estudos Agrários de Amílcar Cabral*. Lisboa and Bissau: Instituto de Investigação Científica Tropical.
- CARNEY, J. A. (2021):** Subsistence in the Plantationocene: Dooryard gardens, agrobiodiversity, and the subaltern economies of slavery. *Journal of Peasant Studies*, 48(5), 1075–1099.
- CARSON, R. (1962):** *Silent spring*. Houghton Mifflin.
- CASSEGARD, C., & THORN, H. (2018):** Toward a postapocalyptic environmentalism? *Environment and Planning E: Nature and Space*, 1(4), 561–578.
- CLARK, N., & SZERSZYNSKI, B. (2021):** *Planetary social thought. The Anthropocene challenge to the social sciences*. Polity.
- COLEBROOK, C. (2012):** Not symbiosis, not now: Why anthropogenic change is not really human. *The Oxford Literary Review*, 34(2), 185–209.
- DAVIDSON, J. AND SILVA, F.C. (2021):** Fear of a Black planet: Climate apocalypse, Anthropocene futures and Black social thought. *European Journal of Social Theory*, 1–18. <https://doi.org/10.1177/13684310211067980>
- DAVIS, J., MOULTON, A. A., VAN SANT, L., & WILLIAMS, B. (2019):** Anthropocene, Capitalocene, ... Plantationocene? *Geography Compass*, 13(5), 1–15.
- FORD, J. E. (2018):** When disaster strikes: On the apocalyptic tone of hip hop. *ASAP/Journal*, 3(3): 595–622.
- FOSTER, J. B. (2020):** Why ecological revolution? In L. King & D. M. Auriffeille (Eds.) *Environmental sociology*. Rowman & Littlefield.
- GERGEN, M., SMITH, S., & VASUDEVAN, P. (2020):** Earth beyond repair: Race and apocalypse in collective imagination. *Environment and Planning D: Society and Space*, 38(1), 91–110.
- HURLEY, J., & JEMISIN, N. K. (2018):** An apocalypse is a relative thing: An interview with N. K. Jemisin. *ASAP/Journal*, 3(3), 467–477.
- KATSAROVA, I. (2014):** *The EU's youth initiatives: focus on education and employment*. Briefing, European Parliament. <https://www.europarl.europa.eu/EPRS/EPRS-Briefing-538949-EU-Youth-initiatives-FINAL.pdf>
- LATOUR, B. (2018):** *Down to earth: Politics in the new climatic regime*. Polity.
- LOTHIAN, A. (2018):** *Old futures: Speculative fiction and queer possibility*. New York University Press.
- MALM, A. (2018):** In wildness is the liberation of the world: On maroon ecology and partisan nature. *Historical Materialism*, 26(3), 3–37.
- MALM, A. (2021):** *How to blow up a pipeline*. Verso.
- MANN, G., & WAINWRIGHT, J. (2018):** *Climate leviathan: A political theory of our planetary future*. Verso.
- MINISTERIO DE DERECHOS SOCIALES Y AGENDA 2030. (2022):** Policy Paper “TOWARDS A EUROPEAN YOUTH AGENDA.”
- MCNEISH, W. (2017):** From revelation to revolution: Apocalypticism in green politics. *Environmental Politics*, 26(6), 1035–1054.
- MIRZOEFF, N. (2018):** It's not the Anthropocene, it's the white supremacy scene. In R. Grusin (Ed.), *After extinction* (pp. 123–150). University of Minnesota Press.
- MITCHELL, A., & CHAUDHURY, A. (2020):** Worlding beyond ‘the’ ‘end’ of ‘the world’: White apocalyptic visions and BIPOC futurisms. *International Relations*, 34(3), 309–332.
- MOORE, J. W. (2015):** *Capitalism in the web of life*. Verso.
- O’CONNELL, M. (2019):** *Notes from an apocalypse*. Granta.
- OLIVER, L. J. (2015):** Apocalyptic and slow violence: The environmental vision of W. E. B. Du Bois’s *Darkwater*. *ISLE: Interdisciplinary Studies in Literature and Environment*, 22(3): 466–484.

- NOVAK-LEONARD, J., & BROWN, A. (2011):** *Beyond attendance: a multi-modal understanding of arts participation*. Washington DC: National Endowment for the Arts.
- PETERSEN, A. AND WILLIG R. (2002):** An interview with Axel Honneth: The role of sociology in the theory of recognition. *European Journal of Social Theory* 5: 265-77.
- PUTNAM, R. (1995):** Bowling alone: America's declining social capital. *Journal of Democracy* 6, 65-78.
- READ, R., & ALEXANDER, A. (2019):** *This civilization is finished*. Simplicity Institute.
- SCRANTON, R. (2015):** *Learning to die in the Anthropocene*. City Lights.
- SILVA, F. C. (2013):** Outline of a social theory of rights: A neo-pragmatist approach. *European Journal of Social Theory*, 16(4): 457-475.
- SIMON, Z. B. (2020):** The limits of Anthropocene narratives. *European Journal of Social Theory*, 23(2):184-199.
- SKRIMSHIRE, S. (2019):** Activism for end times: Millenarian belief in an age of climate emergency. *Political Theology*, 20(6), 518-536.
- SWYNGEDOUW, E. (2010):** Apocalypse forever? Post-political populism and the spectre of climate change. *Theory Culture & Society*, 27(2-3), 213-232.
- THUNBERG, GRETA. (2022):** "Greta Thunberg on the climate delusion: 'We've been greenwashed out of our senses. It's time to stand our ground'", *The Guardian*, 10 October.
- TILLY, C. (2006):** *Regimes and repertoires*. Chicago: Chicago University Press.
- TSING, A. L. (2015):** *The mushroom at the end of the world*. Princeton University Press.
- URRY, J. (2011):** *Climate change and society*. Polity.
- VERGÈS, F. (2017):** Racial Capitalocene. In G. T. Johnson & A. Lubin (Eds.), *Futures of Black radicalism* (pp. 72-82). Verso.
- WALLACE-WELLS, D. (2019):** *The uninhabitable earth*. Penguin.
- WELZEL, C., INGLEHART, R., & DEUTSCH, F. (2005):** Social capital, voluntary associations and collective action: which aspects of social capital have the greatest 'civic' payoff? *Journal of Civil Society*, 1, 121-146.
- YUSOFF, K. (2018):** *A billion Black anthropocenes or none*. University of Minnesota Press.

